

JUAN 2,13-25

TEXTO

«¹³Y estaba cerca *la Pascua* de los judíos y **Jesús** subió a Jerusalén.

¹⁴Y encontró en el templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas, y a los que cambiaban dinero, sentados.

¹⁵Y, haciendo un látigo con cuerdas, **echó** a todos del templo, y a las ovejas y a los bueyes; y **tiró** al suelo las monedas de los cambistas y **volcó** las mesas. ¹⁶Y a los que vendían palomas dijo: “Quitad esto de aquí. No hagáis la casa de mi Padre casa de mercado”.

¹⁷Sus discípulos recordaron que está escrito: “El celo por tu casa me consumirá”.

¹⁸Así que **los judíos** respondieron y le dijeron: “¿Qué signo nos ofreces que haces esto?”.

¹⁹Respondió **Jesús** y les dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”.

²⁰Así que dijeron **los judíos**: “Han sido necesarios cuarenta y seis años para edificar este templo, ¿y tú piensas levantarlo en tres días?”.

²¹(Pero él hablaba del templo de su cuerpo).

²²Así que, cuando **fue resucitado** de entre los muertos, sus discípulos recordaron que había dicho esto y **creyeron** en la Escritura y en la palabra que **Jesús** había dicho.

²³Pero, cuando estaba en Jerusalén en la fiesta de *Pascua*, muchos **creyeron** en su nombre, al ver los signos que hacía.

²⁴Pero él, **Jesús**, **no les creía**, porque los conocía a todos ²⁵y no tenía necesidad de que le diesen testimonio sobre el ser humano, porque él sabía muy bien lo que hay en el ser humano».

COMENTARIO

Introducción a 2,13-25

- El relato de la “purificación” del templo está bien representado en la tradición sinóptica (cf. Mc 11,15-17; Mt 21,12-13; Lc 19,45-46). El autor del cuarto evangelio ha utilizado una versión singular de la tradición contándolo al comienzo en lugar de al final del relato sobre Jesús. El relato ha sido cuidadosamente elaborado. El narrador suministra una introducción (v. 13) y una conclusión (vv. 23-25). Estos versículos concluyen el episodio de la “purificación” del templo, pero también miran hacia el relato de la visita de Nicodemo a Jesús (3,1-21). El relato en cuanto tal se abre con la descripción de las acciones de Jesús (vv. 14-16), puestas de relieve por sus palabras (cf. v. 16), seguidas por la reacción de «sus discípulos» (v. 17) y de «los judíos», con quienes Jesús entra en diálogo (vv. 18-20), y un comentario conclusivo sobre la acción por parte del narrador (vv. 21-22).

- Hay una fuerte concentración en *el contexto judío* de todo cuanto acontece en esta escena. La fiesta judía de la Pascua es el motivo por el que Jesús va a Jerusalén y se hace presente en el templo. Por primera vez en el relato, «los judíos» se convierten en protagonistas activos. Siguiendo el modelo de la confianza incuestionable en la palabra de Jesús provisto por su madre, una mujer judía que participa en una celebración judía en una ciudad judía, la respuesta de «los judíos» a Jesús tiene lugar en la ciudad de Jerusalén durante una fiesta judía.

- Introducción (v. 13): Tras la pausa en Cafarnaún (cf. 2,12), Jesús «subió» a Jerusalén. El motivo de este viaje es la fiesta judía de la Pascua, que se celebraba los días 14 y 15 del mes de nisán (marzo-abril). Antes de la destrucción del templo (70 d.C.), la visita anual a Jerusalén para la celebración de la Pascua era un acontecimiento importante para la ciudad. Esta fiesta procedía de la combinación de fiestas más antiguas relacionadas con el Éxodo que se convirtieron en experiencias religiosas esenciales de la vida de Israel y del pueblo que se identificaba con el Israel bíblico.

- Acción de Jesús en el templo (vv. 14-17): Jesús descubre a los mercaderes en la zona del templo (v. 14), que estaban vendiendo bueyes, ovejas y palomas, necesarios para el culto. También cambiaban moneda romana en moneda tiria para que la gente pudiera pagar el impuesto del templo con monedas que no llevaran ninguna efigie. Estas actividades no eran intrínsecamente malas pero se desorganizan totalmente cuando Jesús echa fuera con un látigo hecho con cuerdas a los animales que iban a venderse, desparrama las monedas y vuelca las mesas de los cambistas. Jesús no habla, pero todos los verbos de los vv. 14-15 tienen a Jesús por sujeto y las acciones descritas se suceden vertiginosamente. La acción crea la oportunidad para que Jesús hable (cf. v. 16). La palabra con que se dice «templo», *hieron* (vv. 14.15), se utiliza para referirse al templo en su conjunto (edificio y patios).

A diferencia de los bueyes y las ovejas, los pájaros enjaulados no pueden ser echados y escabullirse. Por eso Jesús dice a los vendedores de palomas «quitad esto de aquí», y prosigue dirigiéndose a los judíos para decirles el motivo por el que actúa de este modo. Las palabras de Jesús se dirigen contra el abuso del templo, que nunca debería ser una «casa de mercado». Para Jesús no se trata meramente de un edificio donde la gente se reúne, que se ha degenerado convirtiéndose en un mercado, sino que es «la casa de mi Padre». El contraste entre las dos utilidades de la palabra «casa» recuerda a Zac 14,21b: «Y aquel día no habrá ya traficantes en la casa del Señor de los ejércitos». Al templo se le llama ahora casa. No es solamente un espacio donde la gente se reúne para dar culto a Dios (templo), sino un lugar entre hombres y mujeres donde el Dios de Israel, a quien Jesús llama «mi Padre», tiene su morada (casa).

- La primera reacción a la afirmación de Jesús procede de sus discípulos (v. 17). Aceptan lo que dice, interpretándolo mediante *el recuerdo* del Sal 68(69),10. Sin embargo, hay un importante cambio en el tiempo del verbo que encontramos en el salmo. El texto griego del Sal 68 explica el sufrimiento y abuso de la persona dedicada a la oración en el templo utilizando el pasado: «El celo por tu casa me ha consumido». Los discípulos citan el salmo con el verbo en futuro: «El celo por tu casa me devorará». En esta fase del relato solamente pueden sospechar que estas acciones realizadas por Jesús acabarán finalmente en *un combate a vida o muerte*. En este sentido aciertan, pero ponen a Jesús al lado de las figuras del pasado cuyo compromiso por honrar a Dios les costó la vida: Pinjás, Elías o Matatías (cf. Nm 25,11; 1Re 19,10; Eclo 48,1; 1Mac 2,24-26). Esta acción de Jesús le conducirá a un destino semejante. Hay un importante elemento de verdad en el reconocimiento de los discípulos del futuro de Jesús; se escucha un eco de la pasión. Sin embargo, los discípulos no se comprometen con la principal reivindicación de Jesús, a saber, que el templo de «los judíos» es, de hecho, la casa del Padre de Jesús.

- Jesús y «los judíos» (vv. 18-20): Mientras que los discípulos toman las acciones de Jesús en su sentido literal y muestran su admiración y preocupación por el futuro de una persona que se comporta de este modo, «los judíos» buscan una justificación más que explique las acciones de Jesús (v. 18). El narrador los introduce por primera vez en este relato con una solemne construcción pleonástica: «Así que «los judíos» respondieron y dijeron» (v. 18a). Exigen a Jesús que les dé un «signo» (*semeion*), una prueba milagrosa que garantice la fe.

La introducción a la respuesta de Jesús repite la solemne construcción pleonástica que introdujo el discurso directo de «los judíos»: «Jesús respondió y les dijo» (v. 19a). El autor utiliza estas introducciones solemnes para *atraer la atención del lector* sobre las palabras que se dicen. La respuesta de Jesús se destaca mediante la utilización de una tercera palabra con la que se describe el templo: «Destruid este templo (*naos*) y en tres días lo levantaré» (v. 19b). Al hablar Jesús de un *naos* (templo) que será destruido y levantado en tres días se está refiriendo a algo más que a un edificio. Estas palabras deben desconcertar a «los judíos», pero la luz brillará en la tiniebla (cf. 1,5) y aunque los suyos no lo aceptarían, a los que le recibieron y creyeron en su nombre les daría la autoridad para llegar a ser hijos de Dios (cf. 1,11-13). En el episodio inmediatamente anterior (2,1-12), la madre de Jesús creyó en su palabra. ¿Cómo responderán «los judíos» a su desconcertante palabra?

Jesús no está hablando de la destrucción del templo de Jerusalén ni de levantar un templo de piedra (*hieron*), sino de un acontecimiento futuro con el que, muy poco tiempo después de su destrucción, levantará el templo (*naos*).

Ésta es la «palabra de Jesús»: que exige asentimiento, pero la réplica de «los judíos» muestra su incapacidad para distinguir entre un *naos*, que Jesús levantará después de tres días, y un *hieron* hecho de piedra. Los dos términos pueden referirse al edificio del templo, pero Jesús los ha distinguido. «Los judíos» los consideran idénticos; malinterpretan, pues, las palabras de Jesús. «Los judíos», a diferencia de la madre de Jesús, no están dispuestos a aceptar la palabra de Jesús. Utilizando la misma palabra que Jesús (*naos*), hablan de los cuarenta y seis años que transcurrieron durante su edificación. Identifican el *hieron* con el *naos*.

La primera aparición de «los judíos» en el cuarto evangelio los presenta en una situación de incredulidad, es decir, rechazando la palabra de Jesús.

- El comentario del narrador (vv. 21-22): El narrador, como en 2,11, se retira del relato para ofrecer una correcta comprensión de las palabras de Jesús (v. 21; cf. v. 19) y comentar la respuesta inicial de los discípulos (v. 22; cf. v. 17). Inconscientemente, los discípulos han visto las acciones de Jesús como preparación del terreno para el conflicto y la muerte (v. 17), pero las palabras de Jesús a «los judíos» han indicado que tiene autoridad para levantar «el templo» después de tres días (v. 19). El narrador explica que el templo que será destruido y levantado después de tres días no es el *hieron* de piedra, sino el *naos* de su cuerpo (v. 21). Jesucristo es el don que sustituye a un don anterior (cf. 1,17). La transformación del agua procedente de las seis tinajas utilizadas para purificación de los judíos en un vino excelente fue un primer «signo» (cf. 2,11) de la plenitud de los dones de Dios que perfecciona el don anterior hecho a Israel. El narrador informa ahora al lector de que aún se verán transformaciones más asombrosas. El uso constante del tiempo futuro en los verbos de los vv. 17 y 19-20 augura que la pasión de Jesús le llevara a consumirse y que tras un breve período de tiempo levantará el templo de su cuerpo (v. 21). La presencia de Dios en el templo se perfeccionará mediante la revelación que acontecerá en la destrucción y resurrección del templo del cuerpo de Jesús. En una época en la que ya no habrá templo en Jerusalén, los lectores creyentes del cuarto evangelio experimentarán la presencia de Jesús crucificado y resucitado como su «templo».

El narrador advierte que habrá un tiempo, «cuando Jesús fue resucitado de entre los muertos», en el que los discípulos «recordarán» más profundamente, creerán y comprenderán correctamente la palabra de la Escritura y la palabra de Jesús. El relato remite a la resurrección de Jesús como resolución de la fe limitada de los discípulos. En la muerte y resurrección de Jesús ocurrirá algo que transformará a los discípulos. Estos creerán en la Escritura y en la palabra que Jesús dijo. Este comentario final del narrador es una indicación más de la naturaleza de la fe genuinamente joánica: *hay que creer en la palabra de Jesús*.

- Conclusión del relato (vv. 23-25): Al llegar a su fin los primeros días de su ministerio, Jesús prometió una visión más grande, pero comentó que sólo sería posible para aquellos cuya fe

fuera superior a la de los primeros discípulos (1,49-51). El narrador regresa a este tema en 2,23-25. Se dirige directamente al lector con un comentario sobre la calidad de la fe provocada por la contemplación de los signos que Jesús hizo en Jerusalén. Este pasaje sirve como conclusión a los acontecimientos y diálogos que tuvieron lugar en el templo (vv. 13-22) y también conduce al siguiente ejemplo de fe en el ámbito de Israel: Nicodemo (3,1-21).

.- Muchos creen pero Jesús no responde (vv. 23-24). En el v. 23 se produce un retorno al v. 13: Jesús se encuentra en Jerusalén para la celebración de la pascua. Se pone fin al relato de los acontecimientos iniciado en el v. 13. Aunque no se ha recogido ninguna actividad milagrosa, mucha gente comienza a creer en Jesús porque vieron los signos (*semeia*). El carácter extraño de esta descripción indica que el narrador pretende decirnos algo realmente importante. La respuesta inicial de Natanael a Jesús (1,49-51) dejó claro que no bastaba con los signos. El signo en Caná produjo fe (2,11), pero no fue deseado, sino que se dio como consecuencia de la fe incondicional en la eficacia de la palabra de Jesús (2,5). «Los judíos» pedían un signo y se les dio uno (cf. 2,18-20), pero no los llevó a la fe porque no era lo que esperaban.

El narrador utiliza dos veces el verbo «creer». Su primera utilización describe la insuficiente fe en Jesús que se fundamentaba en los signos que había hecho en Jerusalén (v. 23). Posteriormente, se utiliza el mismo verbo, en una oración negativa, para describir la respuesta de Jesús a esta fe. El prólogo anunció la reciprocidad entre Jesús y el creyente (cf. 1,12-13), pero esta repetición intencionada del mismo verbo, primero en una oración afirmativa y luego en una negativa, muestra que aquí no se da esa reciprocidad. Quienes se acercan a Jesús como resultado de los milagros no experimentan el mismo compromiso confiado de Jesús hacia ellos. La reciprocidad prometida en 1,12-13 está ausente. En ninguna otra parte se presenta tan nítidamente la naturaleza dinámica de la noción joánica de fe.

.- La razón de la respuesta de Jesús (v. 25). La falta de disposición de Jesús a confiar en quienes creen por los signos procede del hecho de que los conocía a todos. El prólogo (cf. especialmente 1,3-4.10) enseña que la Palabra que se hizo carne en Jesucristo se halla tras las creación de todas las cosas. Jesús sabe, por tanto, que la fe basada en los signos no es una respuesta suficiente a la plenitud del don de Dios que él trae a la historia humana. Por mucho que fuera necesario que se diera testimonio de Jesús (cf. 1,6-8.15.29-34), él no necesitaba que se le diera testimonio acerca de la condición humana, pues conocía lo que hay en el ser humano.